

# Escribir al dictado. Una contribución a la sociología de la religión



**A. JAVIER IZQUIERDO MARTÍN**  
Departamento de Sociología I, UNED, Madrid

*Sociedad y Discurso*  
Número 17: 91-119  
Universidad de Aalborg  
www.discurso.aau.dk  
ISSN 1601-1686

**Resumen.** Este estudio, dividido en tres partes, surgió como derivación hacia terrenos propios de la sociología de la religión de una serie de trabajos originales sobre el carácter vulgar de ciertos métodos de investigación sociológica empírica dichos ‘cualitativos’. La preocupación por las rutinas de trabajo implicadas en la transcripción de grabaciones de sonido proporciona, como ya observara Harvey Sacks (1999 [1962]) en su discusión del procedimiento empleado por Weber para reconstruir la sociedad del antiguo Israel a partir de «cosas no mencionadas pero dadas por supuestas» en la Biblia, una vía de entrada tan insospechada como directa a los arcanos de la hermenéutica naturalista de los textos sagrados. El cuerpo alternativo de literatura científica que forman la sociobiología y la antropología evolucionista se ofrece, en la parte final, como contrapunto de la crítica literaria al objeto de calibrar la distancia que separa las modernas voces mecánicas de las antiguas voces celestiales.

**Palabras clave.** Transcripción de documentos sonoros, escritura religiosa, códigos genéticos, sociobiología

**Abstract.** This paper, divided in three sections, originates from previous ethnomethodological research on taping and transcript work routines in qualitative empirical social research that derivated to domains proper of the sociology of religion. As Harvey Sacks (1999 [1962]) pointed out in a discussion of Weber’s procedure for reconstructing the social structure of Ancient Israel people using “things not mentioned but taken for granted in the Bible”, the occupation with sound tapes and interview transcripts offers an unsuspected point of strategic entrance to the arcane world of the natural hermeneutics of sacred texts. The final section intends to contrast the claims of literary criticism with the competing endeavours of sociobiology and evolutionary anthropology as a way to measure the gap that separates the ancient voices of celestial beings with the modern voices of mechanical beings.

**Keywords.** Audio transcription, religious writing, genetic codes, sociobiology

No tengo dudas de que el sentimiento religioso tiene la grandeza, la generosidad y la imaginación necesarias para abarcar esta verdad tan vasta que no aparece convenientemente expresada en las Sagradas Escrituras. (Wilson, 2006: 25)

## 1. Del *cole* a la *uni*

El ejercicio escolar popularmente conocido como *dictado*, pieza angular de la instrucción lecto-escritural normalizada, consiste en *escuchar con atención lo que dice una persona que recita de memoria o lee en voz alta una composición escrita con el fin de reproducir en papel el texto original*. El dictado es una institución pedagógica universal, como lo son también la *copia caligráfica* (hacer “muestras”) o la *redacción*, que es el formato democrático clásico de escritura libre sobre un tema que puede electivo o a determinar por una autoridad profesoral. En sus múltiples versiones escolares la copia, el dictado y la redacción pueden además combinarse entre sí para componer enunciados de ejercicios de complejidad creciente. En la experiencia primaria de *escritura dictatorial* por la que yo tuve que pasar, ‘el profe’ o, más exactamente, ‘la seño’, leía en voz alta, pronunciando claro y despacio, frase por frase, un texto escrito de pequeño tamaño -oscilaba entre cinco y diez renglones: las primeras líneas de un poema, un cuento, una carta. Los estudiantes han de copiar o poner por escrito en su cuaderno el sonido que emite que la señorita. Han de transcribir las palabras que escuchan. La seño se detiene al final de cada frase, repite una palabra larga o de difícil pronunciación (eg. “emprendieron”), llegada a mitad del ejercicio vuelve a leer desde el principio hasta el punto por el que va para ayudar a los que puedan haberse perdido, y de nuevo al finalizar la lectura vuelve a leer, frase a frase, el texto completo. Quien se perdía por completo durante el dictado porque estaba pensando en sus cosas y no atendía de oído a la seño, siempre podía optar por la vía cómoda y malechosa de copiar visualmente la obra completada por su compañero de pupitre (convirtiendo así el ejercicio, difícil, del dictado en otro más fácil: una muestra). Dependiendo del curso escolar más o menos avanzado que se cursase y de la fórmula pedagógica aplicada por una u otra *seño*, el dictado podía acabarse enseguida o tenernos ocupados durante toda la clase. En efecto, en los primeros cursos escolares, una *seño* de esas de talante vacuno o un *profe* preparkinsoniano de los que hay tantos, puede tirarse toda la hora -unos cuarenta y cinco minutos, exactamente- para dictarnos, niños y niñas de entre seis años y ocho años, repitiendo hasta la saciedad sílabas nuevas, palabras extrañas y frases especialmente difíciles, los ripios de Gloria Fuertes.

El paso al instituto de educación secundaria suponía un cambio radical en nuestras prácticas de escritura discente: dejamos de escribir al dictado y pasamos a *tomar apuntes*. En el bachillerato, así como después en la universidad, el profesor o profesora de turno no se dedicaba tanto a leer (aunque alguno había) como a improvisar parlamentos parateatrales a partir de la consulta ocasional de sus papeles. En ellos habían escrito previamente un guión esquemático de puntos genéricos a desarrollar, pies de frase, anotaciones sueltas de fechas, lugares y otro datos a tener en cuenta para la exposición. Algunos se paran y repiten, otros hablan del tirón, implacables. El público estudiante hacíamos lo que habíamos aprendido, lo que sabíamos y lo que podíamos: *escuchar y escribir de forma simultánea*. A veces también, en mayor o menor número dependiendo de la velocidad de escritura o comprensión de cada cual, formulábamos en voz alta la más famosa de las preguntas discentes: «¿Podría volver a repetir lo que ha dicho, por favor?» (En la versión *sotovocce*, al oído del compañero, inquiríamos también, desesperados «¿Por dónde va?!»). A esa manera de escribir al natural o al vuelo, esto es, de hacer como si escribiésemos al dictado de una persona que no está dictando sino improvisando sobre sus propias notas, luego conferenciando o disertando, dando clase, a eso le llamábamos tomar apuntes o coger notas.

Sucedía alguna vez en la enseñanza primaria, pero sobre todo en la secundaria, que nos tocaba cursar cierta asignatura especial en la que se nos pedía que hiciésemos un tipo distinto de ejercicios de escritura al dictado. Se trataba de la clase de idiomas. Había días, no muchos, en los que ‘la de inglés’ o ‘el de francés’ entraban en clase con aquel armatoste oscuro y metálico del que pendía un cablecillo: el reproductor de cintas magnetofónicas. Allá por 1981, cuando, a la edad de 11, 12 años, comenzamos en mi cole las clases de idiomas asistidas por las nuevas tecnologías de la época, la mayoría de los estudiantes ya estábamos familiarizados con la magia sonora del aparato magnetófono. De modo que, cuando llegó el día que ‘el de inglés’ trajo a clase aquel aparato con altavoces, lo puso encima de su mesa, enchufó el cable en una toma de corriente que había en la pared, y nos “puso” una *casette* en la que se oía la voz clara y pausada de un señor que decía «*Hello, my name is Jim Brown, how do you do?*» y otro, Mr. Green, que le respondía «*Fine, thank you*», a nadie le sorprendió que el aparato hablara. Aunque fuera en inglés. (Lo peor ya había pasado: el baño de fuego universal en el mundo de las grabaciones sonoras y, de hecho, el *experimentum crucis* de la sociología espontánea del sonido, lo constituye la experiencia de escuchar por primera vez *y no reconocer como propia* nuestra voz grabada. Es sólo gracias a la ayuda de una compañía

familiar de oyentes que *sí* reconocen el sonido mecánicamente reproducido como distintivamente nuestra voz, que la duda se convierte rápida, vertiginosamente, en obvedad. Uno de esos hechos que no es necesario explicar porque “van de suyo” y carecen por tanto de explicación).<sup>1</sup>

El caso es que en aquellas primeras clases escolares de idiomas los estudiantes teníamos que escribir al dictado de las cintas magnetofónicas. Lo cual tenía la enorme ventaja de que la máquina reproductora disponía de un botón de retroceso que permitía, previo deseo implícito de los profesores o petición expresa del alumnado («¿Lo puede poner otra vez, *profa*, porfa?»), rebobinar la cinta y volver a escuchar una *reproducción exacta* de palabras y frases escuchadas previamente. Nosotros aún no lo sabíamos, pero lo cierto es que el tipo de ejercicios de escritura al dictado de una maquinaria reproductora de sonidos pregrabados que hacíamos en las clases de inglés de los últimos cursos de educación primaria, tenía un nombre especial que sólo años más tarde se me hizo relevante: *transcribir*. Fue durante el segundo curso de la licenciatura de Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

Cursaba una asignatura que se llamaba Técnicas de Investigación Social y, faltando poco para las vacaciones de fin de curso, el profesor que nos daba aquellas ‘Técnicas de segundo’ debió notar que estábamos ya un poco hartos de teoría y en extremo ansiosos por ver si era verdad que se podía aplicar y cómo el método particular de análisis de datos sociológicos que nos venía predicando como el más eficaz de todos. De modo que se avino a dedicarle una y sólo una de las últimas clases a ponernos un ejemplo práctico de “análisis del discurso”. Todos aquellos exóticos palabros estructuralistas (‘actancial’, ‘sema’, ‘semema’, ‘semantema’) de la sociosemiótica psicoanalítica inventada en las décadas de 1960-70 por un puñado de vecinos parisinos (Lacan, Foucault, Greimas, Kristeva, Baudrillard, Landowski) y codificada para fines locales de investigación sociológica por el otro profe, el más viejo, el que daba las ‘Técnicas avanzadas de cuarto’, en una obra legendaria entre los estudiantes a

---

<sup>1</sup> Mi propia inmersión de golpe en la bañera de los sonidos pregrabados, que debió ocurrir a los 5 o 6 años de edad, fue doblemente alucinante, pues incluyó también la experiencia maravillosa de oír la voz grabada de un pájaro. Una de las hermanas de mi padre tenía una urraca a la que había enseñado a decir unas cuantas palabras, pero como delante de las visitas a la urraca María no le daba la gana de hablar, su dueña se había comprado un magnetófono-grabadora para doblegar a su caprichosa pupila y poder demostrar, en cualquier momento y ante cualquier testigo, que lo de la urraca parlanchina no era un cuento. Fue después de hacernos escuchar, maravillados, una cinta grabada con la voz de la urraca gritando aquello de «¡María!, ¡María!», que la tía Encarna nos grabó, a mis hermanos y a mí, nuestras voces en la máquina y luego nos las hizo escuchar. Se daban aquí, por tanto, los dos ingredientes cuya combinación, según dejó escrito el más risueño y juguetero de los nuestros (Goffman, 2006: 15), hace que una anécdota tenga gracia y, por tanto, interés científico: un *experimentum crucis* realizado en un barraca de feria.

causa de su dificultad extrema<sup>2</sup>,... todo aquello iba al fin a servirnos para mejor entender cierta frase del habla corriente. Una sentencia anodina, dicha como de paso por una señora cincuentona de Madrid, con ocasión de una discusión en grupo grabada en cinta magnetofónica para fines de un estudio sociológico ‘cualitativo’ sobre la demanda popular de instalaciones deportivas encargado por el Instituto Municipal de Deportes madrileño.

El profe de técnicas apareció, pues, por el aula el día anunciado provisto de un *walkman*, un reproductor de cintas portátil, y le dio al *play*. Los de la primera fila y sólo ellos escucharon varias veces, amplificadas por el mínimo altavoz de su maquineta, unos ruidos ininteligibles para los de las filas de atrás que, según reportaron a la salida, venían a decir algo así como que había que «hacer deporte para estar en forma». El sentido profundo de la frase, nos intruyó a continuación el profesor, «tenía que ver con» -siempre utilizaba esta fórmula elíptica- «el miedo a la muerte». Ni más ni menos. «Pero esto ya se entenderá más adelante», concluyó igualmente elusivo, como era su costumbre. Aquella críptica combinación de frases rituales le permitía pasar, visto y no visto, de la cinta al folio. Después de aquella demostración primitiva e iniciática de hechicería académica, los más alocados aprendices de brujo nos lanzamos furiosos a aplicar el cuadrado semiótico de Greimas a todo lo que habíamos registrado en cinta magnetofónica durante el mes anterior para escribir nuestro trabajo de investigación empírica de fin de curso.<sup>3</sup> Claro que, para operar la milagrosa transubstanciación de lo vulgar en docto, estábamos obligados a acometer previamente la tarea, a la vez pesada y despreciable desde el punto de vista académico, de transcribir las cintas. Así comenzaba el original de mi primer trabajo de transcripción sociológica -notesé, por cierto, la tematización discursiva no menos intrigante («Me parece que no van a decir nada») de la que es objeto el uso aficionado de la intrigante técnica psicoanalítica del silencio omnipotente del padre ausente:

- P.: PUES NADA, EL TEMA QUE QUERÍAMOS QUE HABLARAIS ERA SOBRE MÚSICA.

(Silencio)

- 5.: ¿Sobre qué de la música? (Risas)

(Silencio)

<sup>2</sup> Aquel profesor se llamaba Jesús Ibáñez y la obra en cuestión era Ibáñez (1979), un tratado epistemológico de voluntad enciclopédica (*en-kylos-paedia*: conectar el pensamiento en círculo) concebido en buena medida bajo la inspiración de los escritos sobre ciencia y literatura del filósofo francés Michel Serres (vid. Ibáñez, 1990).

<sup>3</sup> Junto con otros dos compañeros de curso (Xuan Felpeto y Óskar Fernández), grabamos tres grupos de discusión sobre el tema genérico “Los gustos musicales de los universitarios” con voluntarios reclutados por los pasillos, las cafeterías y los alrededores de las facultades madrileñas de Bellas Artes, Telecomunicaciones y Políticas.

- 1.: No sé... ¿Música de grupos ahora actuales o música clásica o métodos de aprender música o... solfeo o...?
- 5.: Me parece que no van a decir nada. (Risas) [...].

Se trataba de un texto de veinticuatro folios mecanografiados<sup>4</sup> a un sólo espacio, exclusivo producto transformado, por medio de una larga familiaridad oral y escrita con la lengua castellana, una buena aptitud para el deporte dactilográfico y altas dosis de paciente y laboriosa minuciosidad, de la escucha reiterada de una grabación sonora de cincuenta y dos minutos de duración en la que cinco estudiantes de políticas y sociología hablaban sobre música. A este primer trabajo de ‘transcripción de documentos sonoros para fines de investigación sociológica cualitativa’ siguieron únicamente tres más<sup>5</sup> y esta mínima experiencia laboral fue suficiente para convencerme de que la sociología dicha ‘cualitativa’, para cuya práctica me instruyeron en la universidad, mantenía con las grabaciones de sonido una relación estrictamente fetichista (Ashmore, MacMillan y Brown, 2004). Inversión inconsciente de la realidad por la que se sobreentiende (Ibáñez, 1985; Ortí, 1986) que las capturas magnetofónicas de los sonidos de la conversación ordinaria tienen su origen último en lecturas de viva voz de textos escritos. Que la lengua precede al habla: un completo absurdo (Atkinson, 2004; Izquierdo, 2005) cuya aceptación subliminal ha producido autoodio oral y crónica impotencia intelectual en sucesivas hornadas de estudiantes y profesionales.

Ahora que yo mismo soy profesor universitario y para hacer notar con mayor número de evidencias la dureza de los grilletes intelectuales que impone (síntoma secundario de que se ejerce una actividad científica) y a la vez las maravillosas posibilidades creativas que ofrece este tipo único de práctica escritural (evidencia primaria de lo mismo), planteo a mis propios estudiantes, letrados posgraduados mayores de edad, una serie de “ejercicios ridículos” de transcripción de documentos sonoros.<sup>6</sup> El propósito de estos ejercicios a los que denomino, un

---

<sup>4</sup> Obsérvese que, por una vez, la elección convencional del tipo de letra *curier new* en el menú de fuentes tipográficas que ofrece el programa informático de procesamiento de texto no es un mero ‘efecto especial’ para dar una sensación de falsa originalidad mecanográfica.

<sup>5</sup> Al curso siguiente, en el contexto de la realización de un estudio sobre formación y carrera profesional en la función pública para la asignatura de ‘Ciencia de la Administración’, hube de poner también por escrito lo que dijeron ante la grabadora, en charla de media hora, un grupo de auxiliares administrativos del Ministerio de Educación. Poco después, como un favor-honor para un amigo que ya estaba haciendo su tesis doctoral (abordando la temática de “la construcción social de la juventud”), transcribí un grupo de discusión en el que ocho amigos míos del pueblo debatían durante hora y media sobre la cuestión «¿Cómo veis vuestro futuro?». Finalmente, durante mis estudios de doctorado, transcribí, nuevamente *gratis et amore*, una entrevista individual de casi una hora de duración que uno de mis directores de tesis le hacía a cierto cargo sindical para un estudio internacional sobre condiciones laborales y cambio tecnológico en el sector bancario.

<sup>6</sup> Sobre los experimentos parapráticos como ejercicios ridículos de pedagogía de la actividad profesional cf. Garfinkel (2002).

tanto pomposamente, *experimentos paraprácticos en teología del sonido* es poner de manifiesto ciertas particularidades instruibles de la tarea, lega o profesional, de escribir al dictado de alguien que está haciendo cualquier cosa (pasear, discutir, instruir, follarse, dar un golpe de estado, nadar) menos dictar; así como hacer explícitas las exigencias e imposibilidades prácticas que son propias de la escritura al dictado cuando quien dicta no es una presencia humana sino esa especie de máquina del tiempo, el magnetófono, que, pese a toda apariencia, no permite en modo alguno volver al pasado (Ashmore y Reed, 2000). Al objeto de practicar un sano escepticismo científico<sup>7</sup> que nos permita verificar *la calidad teológica propia de los textos escritos al dictado de las máquinas*, propongo en la primera clase del curso a los doctorandos la realización del experimento natural de reproducción orgánica de sonidos mecánicos que describo a continuación.

Ese día llego al aula provisto de un aparato reproductor de archivos informáticos de sonido en formato *mp3* y unos cascos auriculares de cable largo. Dentro del reproductor portátil de sonido digital he introducido veintinueve grabaciones a la vez bastante breves (cada una dura unos quince segundos) y de muy variada procedencia y contenido: anuncio radiofónico de la muerte de Che Guevara por Fidel Castro, interior de una fábrica de laminados metálicos, primeros compases de un pasodoble, persona buceando, paseo por un parque, fragmento de un chiste contado por Chiquito de la Calzada, sala de bingo, discurso televisado de la dimisión de Adolfo Suárez, partido de ping pong, tráfico urbano, discusión sobre indicadores de penetración social del neoliberalismo en un seminario de investigación coordinado por Pierre Bourdieu, puertas que se abren, etc. Uno de los estudiantes se pone inicialmente los cascos auriculares y escucha varias veces (hasta un máximo de cuatro) un fichero elegido al azar mediante un conocido sistema de adivinación numérica («Dime un número del 1 al 24»). Dispone en total, entre audiciones repetidas y recesos sonoros, de unos tres minutos para completar la transcripción del fichero, que hará usando las convenciones tipográficas que más rabia le den (onomatopeyas, glosas, síntesis, uso de caracteres especiales, etc.) o que crea más convenientes para la ocasión, lo cual, para el caso, es exactamente lo mismo (Pack, 1986; Morrison, 2003). Una vez concluida, debe pasarle la

---

<sup>7</sup> «Las transcripciones [vgr. el sistema jeffersoniano de notación de documentos sonoros] que utilizan [Emanuel] Schegloff y otros practicantes del llamado “análisis de la conversación” no acaban de convencerme [...]. [R]especto del empleo de teorías del signo con el propósito de convertir un fenómeno en un objeto teórico soy bastante escéptico.» (Garfinkel, 1985: 38). Para una muestra maestra de esta clase de trabajos véase Jefferson (1985). Los cuarenta años de rendimientos analíticos / académicos del código de notación desarrollado por Gail Jefferson se conmemoran en Schegloff (2007).

transcripción a otra compañera. A ésta segunda, que no ha escuchado la grabación, le pido que considere la hoja de papel que acaba de recibir como si fuese una lista de instrucciones o, mejor, una partitura musical de la que debe servirse para volver a reproducir, ayudándose exclusivamente de su propio cuerpo, los sonidos originalmente escuchados por el otro. Para ello no tiene que hacer otra cosa sino leer en voz alta el texto, cosa que podrá hacer mejor o peor, pero, ante todo, *podrá hacer*. Sucede con frecuencia que el sonido que sale por los cascos auriculares se filtra al exterior, de modo que el compañero que lee la transcripción en voz alta suele poseer alguna vaga información sobre la textura del sonido original, que, según los casos, puede serle más o menos útil. En general, cuanto más abstracto, esto es, menos lingüísticamente articulado es el sonido (fábrica, parque, pasodoble) más útil le resulta al lector la filtración, independientemente del texto que se le ofrece.

## 2. El dictado sagrado

De entre los grandes textos de la literatura universal, el *Quijote* de Miguel de Cervantes ofrece una de las fuentes magistrales más ricas en observaciones sobre el *compost* de nutrientes vitales de la escritura de oído. Sea el párrafo ese del capítulo tercero de la Parte Primera, aquel “Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero”, cuando el dueño de la venta caminera que a Don Quijote le ha parecido castillo se dispone, en su imaginaria calidad de alcaide, a ordenarle caballero. El ventero le pregunta entonces, antes que nada, al hidalgo, «*si trae cuartos*» (Cervantes, 2005: 57). El héroe multidescalabrado responde que en ninguno de los muchos libros de caballería que ha leído pone que los abismados andantes porten nunca monedas consigo. El dueño replica que, naturalmente que no, porque «*cosa tan clara y necesaria*» como llevar dinero encima -«*y camisas limpias*»- *no era necesario escribirla*: era algo que los autores suponían sabido de todo el mundo, y en particular de sus eventuales lectores.

Básicamente, el ejercicio ordinario del comercio escrito ha de cumplir la máxima de que aquello que todo el mundo conoce y sabe, lo que todo el mundo hace y de lo que todo el mundo habla, *lo que va de suyo*, no es necesario escribirlo pues en caso contrario uno se eternizaría componiendo una mísera redacción sobre cualquier suceso nimio, como atarse los

zapatos.<sup>8</sup> La escritura que se realiza para fines científicos de adquisición o demostración de conocimiento nuevo, por contra, está en absoluto obligada a *incumplir* dicho principio. Luego el auténtico estudioso es, por definición, aquel capaz de eternizarse en la tarea de describir cómo se ata los zapatos. Léanse, si no, los informes de los famosos “experimentos de ruptura” o “bromas propiamente universitarias” que el profesor Harold Garfinkel gustaba gastar a los estudiantes de sociología de la Universidad de California en Los Ángeles a mediados del siglo pasado. En el enunciado de uno de aquellos ejercicios se pedía al estudiante-víctima que registrase por escrito en una planilla una conversación común y corriente que hubiese tenido la oportunidad de escuchar realmente a lo largo de su jornada habitual *«poniendo del lado izquierdo de la planilla lo que las partes efectivamente dijeron y, en el lado derecho, lo que ellos y sus compañeros entendieron de la conversación.»* (Garfinkel, 2006: 36) Los estudiantes no caían en la cuenta de la trampa perfecta que escondía el enunciado del problema de sociología práctica hasta que no estaban total y desesperadamente enfangados en el intento retroalimentador inacabable de tratar de atrapar por escrito, en su informe, el sentido verbal que de la acción conversacional en cuestión iban formulando los propios protagonistas de la conversación como parte de la conversación misma. Claro que, cuando por fin cogían la broma del profe (se daban cuenta de que el tamaño del texto transcriptivo de la izquierda permanecía más o menos constante en cada nueva ronda mientras que, a la derecha, la glosa del sentido-general-de-la-conversación-hasta-el-momento crecía exponencialmente con cada nuevo turno de palabra) a los aprendices universitarios de sociólogo no les hacía ninguna gracia. Más bien se quedaban muy serios, pensando. *Esto es ciencia.*

El estudio de la escritura al dictado en tanto que práctica metódica de investigación social tiene su corolario en el dominio de la sociología de la religión. En un ensayo donde examinaba el procedimiento que emplea Max Weber para reconstruir de la sociedad del antiguo Israel a partir de «cosas que no aparecen mencionadas en el Antiguo Testamento», el sociólogo americano Harvey Sacks planteaba de la siguiente manera cual era, a su juicio, la problemática epistemológica vernácula de los estudios bíblicos:

---

<sup>8</sup> El cuerpo acumulado de escritos histórico-antropológicos sobre el proceso, lento y progresivo según unos, abrupto y cuasi-instantáneo según otros, a través del cual ‘sociedades orales’ se convierten en ‘sociedades escritas’ es enorme, inabarcable. Del puñado de trabajos sobre el tema que conozco me parecen especialmente interesantes los de Havelock (1994, 1996), Goody (1985, 1990) y Ong (1987). Mi propia contribución original a este *corpus* (Izquierdo, 2003) ofrece una disección estratégica del caparazón burocrático que recubre el trabajo de los árbitros de fútbol.

La categoría “cosas que no se mencionan” es muy útil porque, como sabe bien cualquiera que haya grabado alguna vez una entrevista, son justamente aquellas cosas mejor conocidas, aquellas dadas por supuestas, etc., las que no son mencionadas en las respuestas de los interpelados. (Sacks, 1999 [1962]: 36).<sup>9</sup>

Es mediante el uso de la categoría de “cosas que no se mencionan” cómo Weber va rellenando «*los huecos dejados por aquellas cosas a las que, de otro modo, nos referiríamos como “cosas de las que no sabemos nada”, o que, de hecho, pudieran no llegar a ser mencionadas siquiera como “cosas”.*» (*ibidem.*)<sup>10</sup> El enfoque naturalista de los estudios bíblicos de Sacks tiene ancestros venerables como la *Guía de perplejos* de Maimónides (circa 1190) y su secuela, el *Tractatus* de Spinoza (1670). Mientras “el segundo Moisés después de Moisés” llamaba a sus estudiantes talmúdicos la atención sobre el problema de dedicar excesiva atención o fijarse demasiado (demasiado tiempo, con demasiada profundidad) en los pormenores particulares de un relato (Maimónides, 2001: 59-62), el muy marrano de Spinoza observa que «*si las circunstancias de los milagros y las causas naturales que los explican no*

---

<sup>9</sup> Tras graduarse en Berkeley bajo la tutela de Erving Goffman, Sacks prosiguió sus estudios de posgrado en sociología en el campus de Los Angeles. Allí, a mediados de la década de 1960, colaboró estrechamente con el profesor Harold Garfinkel en la fundamentación y reglamentación de la institución etnometodológica (Lynch, 1993), una extravagante academia liberal de ‘polis metodológicos buenos’ que parece salida de un cuento de Kafka. «*Los resultados de mis experimentos fueron pobres, a veces no recibía comida alguna, y ya quería lanzar gritos de júbilo por mi descubrimiento, cuando recibía otra vez la comida [...]. A veces surgía la comida en mayor cantidad que antes, pero luego volvía a no salir más. Anoté con una precisión y aplicación desconocidas hasta el momento en un perro joven todos los experimentos realizados, creí encontrar aquí y allá alguna pista que pudiera llevarme más lejos, pero siempre se perdía en lo indeterminado. Me pareció incuestionable que mi insatisfactoria preparación científica había perjudicado mis proyectos. ¿Qué me podía garantizar, por ejemplo, que la falta de comida no había sido provocada por mis experimentos, sino por un cultivo poco científico? Y si eso era cierto, todas mis conclusiones eran insostenibles.*» (Kafka, 2004: 366). La esotérica secta etnometodológica quedó instalada desde su fundación en un ático oscuro del oscuro edificio de la comandancia teológico-metodológica del internacionalismo sociológico, establecimiento pedagógico severo donde los haya. «*Lo más esencial en el carácter [racional] es la aptitud para dominarse, la facultad de saber detenerse o, como se ha dicho, la facultad de inhibición, que nos permite contener nuestras pasiones, nuestros deseos y nuestros hábitos y dictarles la ley.*» (Durkheim, 1972: 56, mi énfasis). Para la genealogía rabinica de esta prédica vid. Lukes (1984). La siguiente ilustración, sufrida en carne propia, del absurdo pedagógico-metodológico en el que vive enfangado el establecimiento académico fundado hace ahora siglo y medio por San Augusto Comte, viene aquí muy al caso: tras haber leído una versión previa de este artículo, un revisor anónimo indica que, para ofrecer una auténtica «contribución a la sociología de la religión», mi trabajo debería «incluir» (?) precisamente esa misma perspectiva de análisis, a saber, la sociología weberiana de la religión, la precisión de una parte insignificante de cuyo sentido teórico ¡es el objetivo declarado de este trabajo sustanciado como una aplicación original de las sutiles observaciones procesales de Sacks (1999) a la descripción de un variado conjunto de materiales antropológicos! Pero seguramente lo que el revisor solicitaba era, simple y llanamente, la inclusión dentro de este texto de esa su definición académicamente normalizada □ «*la construcción del texto por la Iglesia (en el sentido weberiano del término) en la lucha por determinar la ortodoxia: quién tiene la autoridad para fijarla y qué tipo de grupo social legitima la ortodoxia así fijada*» □ y, por tanto, radicalmente imprecisa (¿cómo exactamente se “construye” un texto?) de qué sea la sociología de la religión. Pues nada, ya está incluida.

<sup>10</sup> La pista sutil de las extrañas huellas de inquietud metafísica que se imprimen imperceptiblemente en la memoria hipertrofiada y la imaginación atrofiada de quien se dedica reiteradamente a transcribir grabaciones sonoras de acciones conversacionales, se explora más ampliamente, desde el punto de vista de la teoría del conocimiento sociológico, en Sacks (2003 y 1972).

*aparecen siempre mencionadas* [en las Sagradas Escrituras], *no por ello dejaron de ser necesarias para su cumplimiento.*» Si descontamos el hecho, añade, de que la Biblia dice muchas cosas rápidamente, sin detalles y como mutiladas, entonces «*casi nada se hallará en los libros santos que esté en contradicción con la luz natural.*» (Spinoza, 2002: 89-92).

Posado como una nube de fuego sobre la cima del Monte Sinaí, Yahvé, un Dios celosamente iconoclasta en actitud misteriosamente *visible* le entrega a Moisés las Tablas de la Ley ya escritas y además por las dos caras. Pero también le da otras muchas instrucciones importantes *de viva voz*. Moisés pudo haber vuelto a dictar las directivas divinas a sus escribas o bien *transcribirlas* por sí mismo en primera instancia, pues el mítico príncipe egipcio que condujo a los hebreos hasta sus nuevas tierras, aunque tartamudo, era hombre versado en letras. (Como se dice que también lo era, por cierto, Don Jesús de Nazareth). En este sentido, cierto crítico y polemista literario de ascendente cabalista, el profesor Harold Bloom, de la Universidad de Yale, podría estar sólo parcialmente en lo cierto, extirpando sin querer, de hecho, lo esencial del asunto que defiende, cuando, en una interesante diatriba contra la progresiva hegemonía académica de un uso idealista y vacío del concepto de “tradición oral”, sostiene que la operación de escritura al dictado no tiene nada que ver con el modo auténtico, puro y exquisitamente literario como fueron redactadas originalmente las partes del texto bíblico consideradas más antiguas por los historiadores. La autoría de estas partes □ grandes masas fragmentarias del texto de los libros del Génesis, Éxodo y Números □ suele atribuirse por consenso experto a un presunto autor individual conocido como el Yahvista o simplemente J. Mr. Bloom, que inicia su jugada interpretativa con un espectacular regate cabalístico identificando a J como una mujer, más concretamente una princesa o alta cortesana post-salomónica, la culmina sosteniendo que, lejos de tratar con una esforzada filóloga de campo aplicada a transcribir fielmente una serie de cuentos populares de labios de campesinos judíos tradicionales, con J nos hallamos ante una narradora de ficción de altura inigualable.<sup>11</sup> Si éste fuera el caso, repito, Bloom estaría, paradójicamente, evacuando sin querer fuera de su campo de fuerza argumental la partícula más grave del mismo, pues no

---

<sup>11</sup> «*Las tradiciones orales, en tanto que idea, tienen encantados a los académicos modernos. Pero yo me he ido haciendo cada vez más escéptico al respecto de tales encantos. Tanto si fue una dama cortesana como si no, no imagino a J haciendo como Yeats con Lady Gregory, yéndose a escuchar cuentos populares de labios de campesinos judíos. Lo que el texto de J muestra a un experto crítico literario son todos los poderes de un escritor inmensamente potente, comparable en imaginación y retórica sólo con los grandes autores de la tradición occidental: Homero, Dante, Chaucer, Shakespeare, Cervantes, Tolstoy. Escribir como lo hace J es todo menos ingenuo o derivado, cualquier cosa menos una transcripción de tradiciones orales.*» (Bloom y Rosenberg, 1995: 274).

fácil de apreciar que la misteriosa ficcionalización de la práctica de escribir al dictado constituye la pieza clave de la originalidad poética del relato de J y de otras varias narraciones conformadoras de credos religiosos.

El profeta Mahoma, bendito sea por siempre su nombre, en cambio, no sabía leer ni escribir.

Un libro revelado por medio de un hombre iletrado, de un lenguaje tan elevado, de un argumento tan incontrovertible, que el talento reunido de todos los hombres y demonios no hubiera podido componer nada comparable. El milagro que me pedís ya lo tenéis: es el Corán. (Gironella, 1989: 50).

Si rascamos un poco, bajo la superficie sobrenatural (el vestido blanco, la nube de luz, las letras de oro) del relato convencional de la primera vez que a Mahoma se le aparece en sueños el arcángel Gabriel -el mismo que anunció a María- para hacerle entrega de una breve porción del libro sagrado del Islam, aparecen una serie de elementos prácticos de alta intensidad emocional (reconocibles arquetipos universales del terror escolar: me ordenó, repitió, repitió por tercera vez, me cogió por los hombros) que resuenan poderosamente con la escena pedagógica primordial que glosa la archifamosa invitación *Y ahora, niños y niñas, os voy a poner un dictado*.

Mi primer encuentro con Dios se produjo de la siguiente manera. Yo me había acostado en la cueva, enrollado en mi capa. De repente, una criatura vestida de blanco y envuelta en una nube de luz me despertó, tendió a mis pies una tela de seda sobre la que estaba escrito un texto sagrado, en letras de oro. El hombre del vestido blanco era el ángel Gabriel. Me ordenó:

- ¡Lee! ¡Recita!  
- No sé leer -le repliqué.

El ángel me cogió por los hombros y repitió:

- ¡Lee!  
- No sé leer.

Y el ángel repitió, por tercera vez:

- ¡Lee, recita!

Yo pregunté:

- ¿Qué tengo que leer?

El ángel Gabriel me apretó tanto que yo creí que iba a morir. Entonces recité con él: «Anuncia en el nombre del Señor que creó al hombre y le enseñó lo que ignoraba.» Al despertar de esta revelación -más tarde llegarían muchas más-, recordé las palabras recitadas como si las llevara grabadas en el corazón. (Gironella, 1989: 46-47).

María y Mahoma engendran la misma cosa, el verbo hecho carne, luego la naturaleza iletrada de Mahoma es la otra cara de la virginidad de María. Por eso se ha llamado al profeta *muslim* ‘Madre del Libro’ (Moya, 2008). Siendo analfabeto, el profeta árabe no habría tenido más remedio él mismo que *dictar luego*, de memoria y uno a uno, a los sucesivos escribas a

su servicio que compusieron en su forma definitiva el libro sagrado de la religión musulmana, unos sonidos nítidamente articulados que únicamente él era capaz de escuchar: las palabras que le habían susurrado al oído dormido las voces celestiales de Gabriel y el mismo Alá.<sup>12</sup> Mahoma no sabía escribir luego tuvo que dictar: «*Unos escribas iban anotando lo que yo decía.*» (Gironella, 1989: 69). Esta inevitable consecuencia del hecho de su analfabetismo torna entonces inexacta una afirmación como la siguiente, dirigida al meollo de la cuestión pero que no acaba, extrañamente, de dar en el centro de la diana:

La diferencia de las Sagradas Escrituras o los Evangelios con el Corán radica en que los primeros fueron dictados por intermediarios contemporáneos, en tanto que el Corán proviene de la inmediata palabra de Dios. Para los musulmanes creyentes sería abominable decir: *Mahoma ha dicho...* En el Corán la expresión correcta es: *Ha dicho Dios, Él es el Altísimo...* (Gironella, 1989: 39).

Esto no es del todo correcto sino que, en realidad y por contra, el Corán debe haber sido el único libro sagrado *doblemente escrito al dictado*: fue dictado primero en sueños a una persona que no sabía escribir y dictado luego durante la vigilia por esta persona a otras que sí sabían. Pero examinemos ahora, por afán de comparación que lo es de saber algo más, un caso bastante posterior, aunque ciertamente similar, de *dictado sagrado*.

En su juventud, el profeta mormón Joseph Smith (1805-1844) y su padre se sacaban unos pelillas extra buscando tesoros enterrados para terceros con la ayuda de un juego de piedras de cristal y un sombrero. En 1826 un tribunal de Bainbridge, Nueva York, declaró a Smith, que entonces contaba veinte años de edad, culpable de un delito de “conducta desordenada” por su dedicación a estas actividades de economía talismánica (Ostling y Ostling, 1999: 25). Inmediatamente después de cumplida su condena, aquel que habría de nombrarse a sí mismo “Rey, Sumo Sacerdote y Juez Supremo de la Israel Terrestre”, recicló su maña con las piedrecillas detectoras de monedas escondidas para acometer una nueva empresa que habría de pasar a la historia de las religiones: el hallazgo visionario y posterior

---

<sup>12</sup> En numerosos pasajes del texto bíblico, la transcripción directa de la voz de Dios alterna sin solución de continuidad con los mensajes entregados a los hombres por diversos ángeles anunciadores (Serres, 1999: 84). En el canon de la tradición exegética judeo-cristiana, las apariciones angelicales son otras tantas presentaciones directas de atributos o facultades particulares del Dios único y omnipotente. El rabino y filósofo Saadia Gaón (s. X d.C.) fue uno de los primeros en rechazar la interpretación antropomórfica de los ángeles bíblicos y proponer en su puesto un fenómeno físico basado en una *mera* yuxtaposición de luz y sonido (Bamberger, 1977). Según Gaón, la visión simultánea de una fuente de luz brillante originada en el mismo lugar de donde parece provenir la voz que escuchan manifestaría a aquellos personajes bíblicos concretos de los que se cuenta que tuvieron encuentros con ángeles (Abraham, Agar, Jacob, José y tantos otros) que la voz que escuchan junto a la luz brillante no es de naturaleza humana sino lo que él denominó “habla creada” (*dibbur nivra*), componente mayor de la “gloria creada” (*kavod nimra*), identificada con el concepto rabínico de *Sekinah*, la “presencia divina”.

traducción del Libro de Mormón. Efectivamente, al poco de aquel tropiezo con la justicia Smith dijo haber tenido un sueño en el que un ángel de nombre Moroni le indicaba el lugar exacto donde se encontraba enterrado un fabuloso tesoro. Siguiendo correctamente las instrucciones soñadas, el emprendedor jovenzuelo yanqui encontró un conjunto de dos platos de oro inscritos con extraños caracteres que él atribuyó a una supuesta escritura egipcia muy antigua. Junto con los platos, colgadas de cadenas de plata y fijadas sobre una especie de petillo en uno de ellos, se hallaban también dos piedras transparentes, el *Urim* y el *Thummim*, que servían para traducirlo. En su habitación de trabajo, según se nos cuenta, el profeta mormón Joseph Smith mandó colgar una manta para dividir la estancia en dos partes. A un lado de la manta Smith trabajaba usando el *Urim* y el *Thummim*, a modo de lentes de aumento; empleaba también de forma alterativa otra de sus piedras visionarias favoritas así como su sombrero mágico, además de los dos platos de oro donde estaba escrita en lengua jeroglífica ancestral la epopeya americana de una de las tribus perdidas de Israel. Al otro lado de la manta había un escriba. «*Smith enterraba su cara con la piedra visionaria en el sombrero y entonces dictaba las palabras al escriba.*» (Ostling y Ostling, 1999: 26). Al principio fue su mujer Emma la que le hacía de escriba, luego fue relevada por un próspero y crédulo granjero de la comarca de Palmyra que hipotecó su granja para financiar la edición del libro. Cuando el profeta dio a la imprenta su magna obra, producida mediante esta versión primaria de un test de inteligencia artificial (vid. Turing, 1984), contaba a la sazón veintitrés años<sup>13</sup> En 1829 registró los derechos de autor sobre su traslación inglesa del libro sagrado de los israelitas americanos y en marzo del año siguiente se publicó la primera edición de la biblia mormona, con una tirada de cinco mil ejemplares. La venta del libro en sus primeros años fue desastrosa y el mecenas de Smith acabó perdiendo su granja. Su mujer le dejó.

El más conspicuo y exitoso continuador de la saga profética de Smith es un señor francés, contemporáneo nuestro. El suceso de su nacimiento fue anotado en el registro civil de Vichy junto al nombre de Claude Vorhilon, cuyo propietario cambió por el de Raël cuando a mediados de la década de 1970 fue víctima de una abducción extraterrestre en la cumbre de un antiguo volcán del Macizo Central francés y pasó a autoproclamarse profeta fundador de la iglesia de los platillos volantes más exitosa de cuantas hemos conocido hasta el momento: el

---

<sup>13</sup> En la estela de los procedimientos pseudo-telepáticos de comunicación ultraterrena empleados por el profeta mormón y sus epígonos teosóficos, los líderes de los cultos cargo y las religiones ovni consagraron luego el uso de dispositivos electromagnéticos de radiotelefonía y magnetofonía como vehículos de la palabra revelada/transcrita (Worsley, 1980: 286; Harris, 1980: 121-122; Smith, 2003).

Movimiento Raeliano Internacional, según denominación vigente. Uno de los *mensajes* más radicalmente apocalípticos que le dieron los extraterrestres -*Elohim*, “nuestros padres celestiales”- al profeta Raël durante su primer encuentro en la cuarta fase, amenazaba con volar el planeta Tierra de un petardazo láser si sus habitantes seguían mostrándose tan atómicamente veleidosos entre sí (Palmer, 2004: 94). Sólo que tras un segundo encuentro con los marcianitos en 1975 tan excesivo pasaje fue declarado ‘apócrifo’, expurgándose de todas las sucesivas ediciones de *El libro que dice la verdad*, la primera publicación de Raël. En su puesto se introdujo un párrafo alternativo en el que se mencionaba cierto escenario inextricablemente “progresivo” para el futuro de la civilización terrícola. En una publicación posterior, *El mensaje final*, Raël ha contado que fueron los propios Elohim los que rechazaron la publicación original, que tacharon de «error de transcripción», de aquella amenaza pavorosa:

Debemos corregir un pasaje del primer mensaje que os dimos, aquel referente a una eventual intervención por nuestra parte para destruir a la humanidad, que vosotros *transcribisteis erróneamente*. Debe quedar claro que no intervendremos.» (Palmer, 2004: 94, mi énfasis).

Escribir de memoria algo que se ha escuchado durante una conversación equivale a escribir al dictado de alguien que está haciendo cualquier cosa menos dictar.

Un hombre fue tentado, por otro hombre, a inclinarse por lo que no podía alcanzar, dada su naturaleza, lo cual entraña la más alta tentación, pues conduce a la desesperación. El tentado, empero, resistió la seducción mediante la acción de escucharla y transcribirla, retratando con ello al tentador y apartándolo de sí. (Espinosa, 1990: 292).

Guardar en papel las palabras triviales de la tentación, esas sugerencias imaginarias que sólo se muestran al oído (“¿estudias o trabajas?”, “dime tu número de cuenta, por favor”), es como intentar retratos-robot de voces celestiales. De la «precisión sorprendente» (o, para ser más exactos, *increíble*) que suelen atribuir al sistema ritual de transmisión de mensajes ‘eternos’ □lo que yo llamo aquí el *dictado sagrado*□ sus últimos receptores eruditos (Cohn, 1995: 96) cabe inducir que la condición abrumadoramente genérica de los apuntes alfanuméricos al natural los hace susceptibles únicamente de usos policiales, esto es, teológicos. De otro modo, cualquier mínima libertad que con ellos pudiera tomarse les empujaría directamente a la mayor de las insignificancias. Es por esta razón, por ejemplo, que la autoridad rabínica especializada ha sido tradicionalmente partidaria de prohibir la escritura

al dictado como método de reproducción amanuense de la Torá. El modo correcto de hacerlo es copiando visualmente de un rollo manuscrito original. La razón de esto es evitar incurrir en los errores de escritura derivados de una escucha inatenta o defectuosa. Las mismas autoridades expertas admiten, sin embargo, varias excepciones a esta norma general. Aunque en su mayor parte se trata de casos menores (se permite por ejemplo copiar el texto bíblico de memoria en el caso de las filacterias o *mezuzot*), hay una excepción muy famosa que parece poner en cuestión la lógica general del método ortodoxo. Cuando en algún pasaje del rollo original aparece el tetragrámaton, las cuatro letras del nombre divino en hebreo (YHWH), éste no puede ser copiado directamente, sostiene el auditor, sino que debe ser deletreado. Cada una de las cuatro letras ha de serle leída en voz alta al escriba por otra persona. El propósito expreso de esta prescripción especial es «no incurrir en error» (Trebolle, 1998: 128). En todo caso, parece ser que la reproducción amanuense del libro sagrado de los hebreos se realiza, en la práctica, escribiendo muchas veces ‘al dictado’ (*ibid.*) Y es que la gente, por lo general, procura hacer “oídos sordos” a toda policía teológico-metodológica, tan de suyo esquizogénica.

En las clases finales del curso llevamos a cabo, con los doctorandos en teoría sociológica de la Complutense, otro ejercicio de escritura *parapráxica* que llamo “de transcripción comparada”. Ahora le envío por correo electrónico a cada estudiante un fichero informático en formato *mp3* que contiene la grabación de una broma telefónica emitida por la radio.<sup>14</sup> Les pido que transcriban de la manera más exacta todos y cada uno de los sonidos que se escuchan al ejecutar el fichero en un programa reproductor de audio (Transana, WindowsMedia, Audiogalaxy, Audacity, NeroWave, etc.) A continuación han de comparar el resultado escritural de su labor con las páginas fotocopiadas de cierto libro que ofrece a sus potenciales lectores una transcripción alternativa de ese mismo documento sonoro.<sup>15</sup> Dentro del breve espacio textual de tres o cuatro folios, los estudiantes, yendo y viniendo con la vista, las manos y los pies de sus páginas impresas a las fotocopias y subrayando autógrafamente ambos textos, llegan a localizar correcciones, modificaciones, trasposiciones, omisiones, reducciones e invenciones textuales de cualquier clase y en cantidades absolutamente

---

<sup>14</sup> Desde cierto punto de vista científico-social, la conversación telefónica es un *especimen de laboratorio* (Sacks, 1972; Schegloff, 2002) y a la vez un *instrumento de precisión* (Maynard et. al., 2002). Sobre las bromas telefónicas véase Izquierdo (2009).

<sup>15</sup> El libro se titula *Las bromas de ¡Anda ya!* (Madrid, Aguilar, 2004) y se vende acompañado de un CD de audio con los cortes radiofónicos que entrego a los estudiantes. Una segunda referencia de la que también hemos extraído materiales sonoros y textuales correlativos como materia prima para nuestros experimentos es el libro del Grupo Risa, *Don Evo, le habla el Presidente*, Madrid, Temas de Hoy, 2006.

inaceptables aun para el menos fiable de los sistema de control de calidad que aplican las empresas que venden servicios de transcripción sonora en los mercados de la información. Un ejemplo entre mil: allí donde los transcriptores del libro *Las bromas de ¡Anda ya!* podían perfectamente poner y perfectamente ponían «(Se oye orinar)» (p. 155), nosotros por nuestra cuenta teníamos que escribir y necesariamente escribíamos:

(ruido de orina) + 14 segs.

O bien:

[0.14] ((suena un chorro y parece que risas ahogadas del investigador))

O incluso:

- 07 B.: ((Ráfaga de ruidillos inciertos))  
(2.9 segs.)
- 08 B.: ((Goteo previo))  
(0.6)
- 09 B.: ((Chorrito, *in crescendo*))  
(3.7)
- 10 A.: [((Risitas sofocadas en segundo plano))]
- 11 B.: ((Chorrito, bajando))  
(5.9)
- 12 B.: ((Chorrito, *finale*))  
(0.6)
- 13 B.: ((Goteo póstumo)) (0.8)<sup>16</sup>

Pero el ejercicio así planteado y así resuelto no pretende descubrir (y eventualmente proponer a la dirección correspondiente) mejoras o peoras posibles en el desempeño profesional de otros. Sino que lo que se pretende con la interrogación implícita en tales experimentos -¿Y qué más?- es hacer evidentes a sus practicantes (algunas de) las curiosas

<sup>16</sup> El ejemplo presentado es un fragmento de la transcripción de cierta broma telefónica (“El verano loco”, en *Las bromas de ¡Anda ya!*, op. cit., 153-156) en la que un locutor de radio con marcada vena sádica hace creer a un jovenzuelo todo humanidad que, durante sus pasadas vacaciones, dejó embarazada a una chica extranjera que ha resultado ser la hija del embajador de Suecia. Asustado, el interfecto accede a hacerse un análisis de orina para desmentirlo, por lo cual es requerido por la autoridad telefónica al mando para que, ahí mismo, llene un vaso de agua con su orina. El joven pasa sin dilación a aplicarse a la tarea. En la secuencia de revelación final de la broma, la amiga que ha actuado de gancho, entre risas desatadas, espeta a la víctima: «¡No me puedo creer que hayas hecho pis en un vaso!». Ésta, malhumorada, acaba colgando el teléfono sin confirmar o negar el hecho. Dado que poseemos gran número de pruebas que avalan la capacidad de los bromistas telefónicos para conseguir elicitación de sus víctimas los comportamientos más grotescos y descabellados, y que existen, al mismo tiempo, dudas razonables sobre la posibilidad real de que un joven macho ibérico pueda, a la voz de ya, ponerse a llenar y acabar de hecho llenando un vaso de agua con su propia orina (en catorce segundos de reloj) mientras mantiene colgado al otro lado del teléfono a un caballero anónimo muy cabreado que dice ser «de aquí de la embajada de Suecia»... la transcripción detallada del fragmento sonoro en el que parece que “se escucha orinar” resulta clave para definir el tenor general (broma pesada o fallida) de ese suceso radiofónico.

singularidades económicas, luego estilísticas, de la escritura humana de las cosas y de su propia ciencia escrita.<sup>17</sup> Muy particularmente, volver a poner ante los ojos y los oídos, elevándola sobre la mesa o colgándola en la pared, una y otra y otra vez, la cuestión fundamental del origen significativo y funcional de la máxima teológica contradictoria que prohíbe a un tiempo poner por escrito falsificaciones o baraturas («*¡Ay de quienes escriben el Libro con sus manos y a continuación dicen: “Esto viene de Dios”, para cambiarlo por algo de poco precio!*») [Gironella, 1989: 168]) y anotar cosas que se sabe son conocidas de todo el mundo y van de suyo. Despertar de nuevo a la maravilla y el misterio de un singular portento real: *escribir al dictado*.

### 3. Viaje de ida y vuelta

Los biólogos moleculares, que distinguen al respecto tres tipos de procesos que llaman *replicación*, *transcripción* y *traducción*, han elevado esa más humilde de las prácticas escolares, *escribir al dictado*, modalidad única del escribir, a la categoría de modelo de precisión adecuada para representar el procedimiento de transmisión de la herencia genética. La *replicación* ocurre dentro del núcleo celular y tiene como único actor a la molécula de ADN: las dos fibras de la molécula enrolladas en hélice se separan para reconstruir, nucleótido a nucleótido, dos nuevas fibras complementarias y, por tanto, una nueva molécula de ADN. El proceso que denominan *transcripción* ocurre también dentro del núcleo, si bien, en este caso, se desenrolla solamente una de las dos fibras de la doble hélice del ADN para, con la colaboración de una enzima (ARN polimerasa) fabricar una nueva molécula de ácido ribonucleico mensajero (ARN mensajero). En fin, la *traducción* de los bioquímicos tiene lugar fuera del núcleo celular. El ARN mensajero es llevado hasta los ribosomas del citoplasma donde, con la ayuda del ARN de transferencia, se combina con los aminoácidos que allí habitan para manufacturar otro tipo de moléculas nuevas: las proteínas (Monod, 1993: 187-190; Watson, 2003: 77-78). La molécula de ADN posee entonces, según cuentan los

---

<sup>17</sup> Si “hacer un dictado” y “tomar apuntes” son dos ejercicios escolares diferentes, transcribir una grabación sonora y tomar notas de campo etnográficas son también modos alternos, bien que débilmente complementarios, de abordar el problema fundamental de las ciencias sociales empíricas: *poner un texto en contexto* (Maynard, 2003: cap. 3). Véase Ferreira (2007: 82-84) para una elaboración de los “apuntes de clase” como “notas de campo” y Geertz (1989) para la consideración de estas últimas en tanto que género literario singular. Sobre la grabación magnetofónica de una clase y los apuntes estudiantiles tomados en ella en tanto que objetos epistémicamente conmensurables cf. Woolgar (1991: 159).

libros, la estructura adecuada (dos fibras de nucleótidos enrolladas entre sí como una doble hélice) para poder “dictar”, con altísima precisión no exenta de error mutante perdonable, fatal o irreversible, copias totales, parciales y especiales de sí misma. En sentido evolutivo estricto, uno o varios fallos de dictado combinados en el nivel de la reescritura del código genético pueden resultar fatales si son causa directa del fracaso reproductor de su vehículo: «Has tenido seis fallos en el dictado cuando el máximo permitido son cinco: quedas suspenso, Gustavito, vuelve en septiembre». En cambio, errata genética irreversible no es sino aquella que triunfa: provocando que el individuo que la sufre aumente su descendencia en la generación siguiente, y acabe, a largo plazo, por convertir en ‘mutante’ a toda la especie. Contra toda apariencia es el error de copia perdonable, aquella mutación de efecto inocuo sobre las funciones proteínicas y, por extensión, sobre la capacidad reproductora general de su vehículo portador, sea éste humano o libresco, el tipo más peliagudo de mutación desde el punto de vista de su asimilación teórica (Stent, 1989: 119). El supuesto de una preeminencia relativa del “ruido neutro” como motor del cambio evolutivo en la historia natural supone, en efecto, un ataque expreso contra el dogma darwinista según el cual la pura pervivencia de tal rasgo individual es prueba virtual de las ventajas adaptativas que ofrece.<sup>18</sup>

Ya que tal vez no en su prolongación cristiana oficial, en exceso apegada a la iconografía del homúnculo, el auténtico parangón de la *maladie* simbólica (especie de esquizofrenia escritoral) que el filósofo francés Jacques Derrida (1997) diagnosticara como específica de la tradición toráica que va de Moises a Freud, habría que buscarlo en germen en las cadenas de montaje de secuencias de ADN que, desde finales de la década de 1980, han ido instalando por todo el planeta consorcios multinacionales de laboratorios de bioquímica a cuenta primero y a rebufo después de los fondos de fantasía invertidos por el gobierno de EE.UU.<sup>19</sup> en el Proyecto Genoma Humano. En efecto, para algunos de sus menesteres lecto-escriturales, *aunque no para todos*, La Molécula De la Vida, parangón y relevo de la cruz en la cumbre del imaginario formal neoplatónico<sup>20</sup>, ha de contar con la ayuda de máquinas-herramientas especializadas (enzimas escaneadoras, secuenciadoras, ampliadoras,

<sup>18</sup> Véase David (1985) sobre el caótico e hilarante avatar de la popular norma ‘qwerty’, esto es, el estándar internacional *de facto* imperante en la disposición espacial de los caracteres tipográficos que emplean los teclados de las máquinas de escribir y los ordenadores. Para la réplica darwinista, un tanto predecible, a tan pagana historieta vid. Liebowitz y Margolis (1990).

<sup>19</sup> En 1990, cuando entró oficialmente en funcionamiento, el coste inicialmente estimado de lo que se consideraba «*la empresa de ingeniería más grande desde el Proyecto Apolo de la NASA*» era de tres mil millones de dólares (Noble, 1991: 231).

<sup>20</sup> La intuición experta de la analogía entre la cruz y la doble hélice se le acredita al químico Erwin Chargaff, uno de los pioneros de la investigación sobre el ácido nucléico, en la obra de Noble (1999: 221).

transportadoras, empalmadoras, etc.) las cuales, a su vez, pueden funcionar de forma estrictamente endógena o natural o bien, como ha empezado a ser el caso con el advenimiento de la ‘ingeniería genética’, ser operadas desde el exterior por el arrasador ejército *neocurrytech* de l@s becar@s de proyectos y los ayudantes de investigación. Extraña casta exitosa de insectos sociales semi-estériles<sup>21</sup> ésta cuyos miembros, según ordenan las leyes estadísticas del impacto centométrico, habrán alcanzado el tope productivo de su habilidad laboral especializada -una mezcla de velocidad y paciencia a la rebusca de tesoros en los cubos de basura de la minucia interminable- antes de cumplir los treinta años. Fatal de la espalda, tendrán el “dedo del ratón” mutado en garra y se habrán dejado la vista en la pantalla. En su versión tecnocientífica, entonces, esta suerte particular de neurosis letrada, la *esquizo-escritorialidad* que tratan de inocular a sus practicantes los guardianes teológico-metodológicos de la vieja religión mosaica y sus sucedáneos (eg. Durkheim, 1978), debería, si no me equivoco, afectar sobremanera a los técnicos (técnicas en su mayoría) a sueldo de laboratorios que ejecutan proyectos de investigación adscritos a la rama de la genética del comportamiento que rastrea la existencia de genes reguladores específicos del tipo particular de instinto de supervivencia animal que, en la especie humana, llamamos *espiritualidad*. Darwin pudo haber parecido, en su tiempo, «*un osado cuando abordó el sentimiento religioso, acerca del cual proponía que, en última instancia, no era más que una necesidad primitiva de atribuir una causa a acontecimientos naturales inexplicables*» (Browne, 2007: 124), pero, recientemente, biólogos evolutivos preocupados por la existencia y conservación hipotéticas de nuestras creencias religiosas, han apuntado cierta razón adaptativa que explicaría de manera más amable el éxito alcanzado por los genes implicados en la producción de nuestros estados de conciencia ‘autotrascendente’ en el torneo de la selección natural. Gracias a estas estructuras biológicas particulares, dicen, el hombre y la mujer se dotan de un “sentido innato del optimismo” que, ante la certeza de su propia muerte inevitable, no sólo les permite continuar viviendo con esperanza sino que, despejando su

---

<sup>21</sup> En el sistema reproductivo característico de ciertos insectos sociales no humanos como, notablemente, los himenópteros (abejas, avispas, hormigas) y ciertos grupos de artrópodos (ácaros, cochinillas, coleópteros), la descendencia se obtiene por una cierta vía sexual que excluye la intervención masculina. Las hembras reproductoras ponen dos tipos de huevos: unos fecundados por ellas mismas de los que salen las hembras y otros no fertilizados que se convierten en machos. Machos y hembras son, pues, quasi- clones de la madre. El enorme éxito adaptativo mostrado hasta el momento por este sistema de reproducción partenogenética conocido como ‘haplodiploidismo’ se valora en Wilson (1980a: 430).

futuro, contribuye a aumentar sus tasas de reproducción, que es de lo que se trata en asuntos darwinistas (Hamer, 2006: 188ss).<sup>22</sup>

Desde el punto de vista invertido de estas obreras especializadas en ingeniería de infraestructuras genéticas, el hecho de que nuestros padres en casa, o bien la *seño* y el *profe* en la escuela primaria, una vez superada la fase inicial, estrictamente visual, de la copia caligráfica o “muestra” -tarea fundacional que consiste en copiar “palotes” y rellenar cartillas de caligrafía-, nos enseñen a escribir de oído mediante la repetición ritual de un mismo programa práctico de entrenamiento normalizador de las vías de coordinación motora entre el oído, la mano y el ojo, podría deberse a la acción del intrincado circuito de mensajeros y controles físico-químicos por el que se transmite la herencia biológica entre las generaciones. Magnetizado por la monumental potencia replicante de prácticas escolares elementales como *la muestra* y *el dictado* y, por construcción, por el alcance universal de su extensión histórica y geográfica, cierto talibán darwinista, biólogo evolutivo del montón y mediático filósofo de la ciencia con sede en la Universidad de Oxford, ha creído ver en ellas, efectivamente, algo así como el equivalente en la esfera cultural de los genes que se encuentran alojados en el núcleo de nuestras células, y las ha bautizado como *memes* (Dawkins, 1986: 285). Pero el caso es que somos aun incapaces de discernir claramente la cuestión y darle el alto definitivo a la sucesión interminable de argumentaciones hipotéticas sobre si llevamos el dictado en los genes o si la composición bioquímica de nuestros genes ha sido escrita al dictado por un batallón de escolares grandullones y aplicadísimos; si la forma particular de escritura al dictado que practican los genes está ella misma dictada en los genes, esto es, *va de suyo*, o si no será más bien resultado del gigantesco ejercicio neurótico de dictado escolar hiperpuntillista que es el Proyecto Genoma Humano, etcétera, etcétera, etcétera.

*El origen de las especies* de Charles Darwin fue publicado por el librero John Murray de Londres el 24 de noviembre de 1859 y su famoso descubrimiento, esa «verdad tan vasta que no aparece convenientemente expresada en las Sagradas Escrituras» (Edward O. Wilson), levantó, casi de inmediato, un «maremoto de comentarios». A pesar de la avalancha de datos y pese a la tediosa reiteración de invitaciones a la calma juiciosa del lector, «a los victorianos les resultaba casi imposible admitir la idea de que se produjeran cambios graduales en los animales y plantas, e igualmente difícil apartar a Dios del proceso de la creación.» (Browne,

---

<sup>22</sup> Argumentos darwinistas alternativos sobre el origen, función y pervivencia del instinto espiritual de los humanos se exponen en Wilson (1980b: 238-270). Sobre el sentido del humor como hecho radicalmente religioso véase Berger (1999).

2007: 95). No había transcurrido un siglo cuando, en febrero de 1945, el gran Yali de Madang, el héroe aborigen de la sideral epopeya melanesia del *Cargo* relatada por Lawrence (1971), fue invitado por el gobierno colonial de Nueva Guinea a una gira turística por una serie de grandes ciudades australianas para que pudiese conocer sobre el terreno y dar noticia a sus hermanos de la monstruosa lentitud del progreso técnico y del esfuerzo humano colosal que esconde de ordinario el inocente disfrute colonial de las maravillas aparentes de la civilización industrial. A ver si así, pensaban los australianos, dejáis, indios tontos, de adorar a nuestros aviones de carga como si de ovnis venidos del paraíso se tratase.<sup>23</sup>

A su llegada a Sidney le fue mostrada a Yali una vista panorámica de la ciudad desde el Harbour Bridge. Luego fueron llevados él y su séquito a conocer un taller de reparación de aeronaves donde técnicos y capataces les explicaron el proceso de trabajo. Finalmente visitaron los grandes almacenes Burns Philip. Tres años antes, en 1942, cuando Yali aterrizó por vez primera en Queensland en medio de la Segunda Guerra Mundial, reclutado por el ejército australiano que batallaba contra los japoneses en las islas del Pacífico sur, había conocido originalmente, en vivo y en directo, los detalles fundamentales del funcionamiento de los ingenios azucareros y las fábricas de cerveza de Brisbane. De modo que lo que ahora le mostraban en Sidney no le era del todo desconocido, pues poseía ya plena conciencia de que los europeos podían fabricar sus propios objetos. Con todo y con eso, y al igual que había hecho la otra vez, siguió perseverando en la creencia de que las artes técnicas seculares que requerían para llevar a cabo su trabajo debían haberles sido inculcadas directamente por su dios cristiano, de manera similar a como las deidades de la costa Rai de Nueva Guinea habían enseñado a sus fieles a cultivar las plantas y todo lo demás. Aun admitiendo la total realidad de los métodos europeos de organización del trabajo, le siguió pareciendo improbable que meros humanos sin ayuda divina pudieran haber fabricado todos esos equipamiento en tan breve tiempo de existencia terrena. Al poco, el viaje organizado les condujo nuevamente a Brisbane, donde Yali y sus soldados vieron bestias inauditas cautivas en el parque zoológico municipal y fueron llevados luego en visita guiada al Queensland Museum de Historia Natural. La visión de los objetos expuestos en las vitrinas de la sección de antropología del museo les dio un vuelco al corazón. Al lado de esqueletos de criaturas prehistóricas y especímenes animales disecados de la fauna autóctona de Papua y Nueva Guinea, se podían

---

<sup>23</sup> Sobre la pertenencia de las comunas melanesias que adoran a los aviones de carga occidentales (*Cargo Cults*) y las sectas californianas que invocan platillos volantes galácticos (*UFO religions*) a una misma familia biocultural véase Trompf (1990).

ver arcos y flechas tradicionales, varias estatuillas votivas dedicadas a sus ancestros deificados, una momia ahumada de sus vecinos los Kukukukus y máscaras guerreras de los Sepik, su propia gente. Yali y los suyos se quedaron mudos al ver todo aquello. Al rato, uno de los miembros de su guardia, Cpal hijo de Kurg y vecino de una de las aldeas Letub cercanas a Madang, se atrevió a romper el silencio formulándose en voz alta esta pregunta:

¿A'luego dezulta que lo' mizionedo' no'atozigan pa' que abominemo' dezto' "zatane'", cand'ay otdo' bdanco' que viene' y ze llevan tod'azta' coza' inventada' po lo "zatane'" pa' ponedla'n'zte muzeo?<sup>24</sup>

Aunque el oficial australiano que les guiaba por las salas del museo improvisó, a modo de réplica, una explicación tentativa que seguramente no estaba tan mal -pudo haberles hecho una comparación entre la función que cumplen en nuestras vidas la religión y la ciencia y la que tienen los subtítulos en las películas de cine- los aborígenes nueva guineanos no prestaron demasiada atención a su respuesta. Al parecer seguían dándole vueltas a la *cuestión original*.

Desde la invención de la escritura, los hombres han buscado la tabla o el papiro oculto en el que se encontraría inscrita la razón de nuestra existencia en este mundo [...] ¡Qué poético sería que encontrásemos ahora la clave inscrita en el núcleo de cada una de las células de nuestro cuerpo! Aquí en nuestro genoma está escrita, en letras de ADN, la historia, la evolución de nuestra especie. [...] En la actualidad podríamos decir que hemos descubierto el lenguaje con el que Dios creó la vida. (Robert L. Sinsheimer, cit. en Noble, 1999: 231).

<sup>24</sup> La traducción en castellano normalizado sería algo así como: «¿Y luego resulta que los misioneros nos atosigan para que abominemos de estos "satanes", cuando hay otros blancos que vienen y se llevan todas estas cosas inventadas por los "satanes" y las ponen en este museo?» El profesor Lawrence, que, según cuenta él mismo en su libro, escuchó de labios del propio Yali el relato de la anécdota ocurrida durante la visita de su expedición cargoista a las salas de antropología del Museo de Queensland, transcribió originalmente en inglés estándar la pregunta de Cpal: «Do the missionaries urge us to root out the 'satans', and then other white men come and collect all these things invented by the 'satans' and put them in this Museum?» (Lawrence, 1971: 132). Sin embargo, de haberlo hecho realmente en inglés, es más probable que Cpal se hubiese pronunciado en el desternillante -para oídos británicos- *melanesian pidgin english* (inglés criollo de melanesia) que hablan coloquialmente los nueva guineanos. Es por esto que he creído conveniente preservar, en mi traducción castellana de la histórica pregunta cargoista, el hilarante efecto de la pronunciación criolla del inglés estándar omitido por Lawrence en su cita. A tal fin me he inspirado, en primer lugar, en Lindstrom (2004: 22-23), que lleva a cabo una transcripción fonéticamente fiel de un fragmento de la grabación audiovisual del diálogo de besugos entre un antropólogo inglés y un jefe cargoista melanesio. Me ha sido igualmente útil el trabajo del traductor castellano (López Guix, 1999) de la novela *Todo un hombre* del estadounidense Tom Wolfe: en el original inglés, Wolfe acomete un divertido juego de escritura con las convenciones de transliteración fonética del inglés criollo de Hawái, lengua que pone en boca de uno de sus personajes, un recluso apodado '5-Cero'. Véase el Apéndice para un ejercicio de *traducscripción* complementario de éste. (Piedra de toque, en origen, del más escandaloso de los imaginarios teológicos [vid. eg. Bataillon, 1950; Steiner, 1995; Bloom y Rosenberg, 1995], la *traducscripción* □ en sus dos avenidas de sentido: traducción transcriptiva y transcripción traductiva— es también el protocolo operacional constitutivo de la antropología del lenguaje de orientación etnometodológica. Véanse, por ejemplo, los trabajos de conversacionalistas anglo-americanas interesadas en los innovadores usos lingüísticos —aspectos tonales incluidos— autóctonos de las minorías hispanas en EE.UU. [Goodwin, 2006]).

Al tiempo que la nueva síntesis evolucionista liderada por la biología molecular volvía, como en los viejos tiempos, a formular la famosa cuestión en términos explícitamente transescriurales, la pregunta impertinente pronunciada por el indignado hijo del hombre en presencia de los jefes de las tribus, había vuelto a poner patas arriba aquellas mismas creencias que, casi cien años atrás, Darwin había puesto cabeza abajo con la suya (¿actúan dentro de la naturaleza mecanismos evolutivos propios?). Lo que demuestra, una vez más, que los dioses, más que vengativos, lo que son es unos cachondos.

### Apéndice. Un ejercicio de *traducscripción* cargoista

Sea la transcripción, adaptada de Lindstrom (2004), de un fragmento de conversación extraído del documental televisivo *Cargo Cult* (BBC, 1960). Se trata de un diálogo entre el antropólogo televisivo David Attenborough (**A.**) y Thomas Nampas (**N.**), líder de la Iglesia de Jon Frum, movimiento religioso autóctono del la isla de Tanna (Vanuatu). Mientras **A.** habla inglés estándar de Gran Bretaña, **N.** usa un inglés “criollo” de Melanesia.

- 01 **A.:** Does he [John Frum] speak about cargo?  
 02 **N.:** I spik abaot kago?  
 03 **A.:** What does he say about cargo?  
 04 **N.:** I se yu folem wok *for* Jon, an mebi santaem yu luk kago i kam... melbot [mail boats, e.g., cargo ships], plen...  
 05 **A.:** Airplanes  
 06 **N.:** Eplen, evriting...  
 07 **A.:** And they will bring the cargo?  
 08 **N.:** Yeah...  
 09 **A.:** And what will the cargo be?  
 10 **N.:** Kago i... i Amerikan.  
 11 **A.:** American cargo.  
 12 **N.:** Yeah...  
 13 **A.:** But what sort of things will there be in the cargo?  
 14 **N.:** A, i bring evri ting *for* evri man... evri pipol... Amerikan pipol...  
 15 **A.:** He bring food or he bring icebox or he bring...  
 16 **N.:** Yeah, evri ting.  
 17 **A.:** Anything... He bring cars...  
 18 **N.:** Yes, evri ting.  
 19 **A.:** All the same that the white man has now?  
 20 **N.:** Yes, olsem waetman i *have* nao.

Una posible traducción castellana sería:

- 01 **A.:** ¿Habla del cargo [John Frum]?  
 02 **N.:** ¿Ed habda ded cadgo?  
 03 **A.:** Y ¿qué es lo que dice sobre el cargo?  
 04 **N.:** Ed dize que zi ttabajad to' pa' Yon pue' calgún dia ved cadgo vini, coddeo [barcos correo] lleno'...  
 05 **A.:** Aviones

- 06 N.: Vione', de to'...
- 07 A.: ¿Y los aviones traerán el cargo?
- 08 N.: Yep...
- 09 A.: ¿Y cómo será el cargo?
- 10 N.: Cadgo e... e mericano.
- 11 A.: Cargo americano.
- 12 N.: Yep...
- 13 A.: Pero ¿qué clase de cosas tendrá el cargo?
- 14 N.: Y, habdá de to' pa' tol mundo... to' la gente... gente mericana...
- 15 A.: ¿Traerá comida o frigoríficos o traerá...?
- 16 N.: Yep, de to'.
- 17 A.: De todo... Traerá coches...
- 18 N.: Zí, de to'.
- 19 A.: ¿Todo lo que tiene el hombre blanco?
- 20 N.: Zí, lo mimmo que tie' hombde bdanco.

## Referencias bibliográficas

- ASHMORE, M. y REED, D. (2000). Innocence and Nostalgia in Conversation Analysis: The Dynamic Relations of Tape and Transcript. *FQS* 1(3). (<http://qualitative-research.net/fqs/fqs-eng.htm>).
- ASHMORE, M., MACMILLAN, K. y BROWN, S. (2004). It's a scream: professional hearing and tape fetishism. *Journal of Pragmatics* 36: 349-374.
- ATKINSON, M. (2004). The Sight and Sound of Words: Differences between Writing and Speaking. En Atkinson, *Lend Me Your Hears*, Londres: Vermilion, 75-105.
- BATAILLON, M. (1950). *Erasmus y España* [1937], México DF: Fondo de Cultura Económica.
- BERGER, P. (1999). *Risa redentora*, Barcelona: Kairós.
- BLOOM, H. y ROSENBERG, D. (1995). *El libro de J* [1990], Barcelona: Interzona.
- BROWNE, J. (2007). *La historia de El origen de las especies de Charles Darwin*, Barcelona: Debate.
- CERVANTES, M. (2005). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* [1605-1615], Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- COHN, N. (1995). *El cosmos, el caos y el mundo venidero*, Barcelona: Crítica.
- DAVID, P. (1985). Clio and the Economics of QWERTY, *American Economic Review* 75: 332-337.
- DAWKINS, R. (1986). *El gen egoísta* [1976], Barcelona: Salvat.
- DERRIDA, J. (1997). *Mal de archivo*, Madrid: Trotta.

- DURKHEIM, E. (1972). *La educación moral* [1925], Buenos Aires: Schapire.
- DURKHEIM, E. (1978), *Las reglas del método sociológico* [1895], Madrid, Akal.
- BAMBERGER, B. et. al. (1977). Angels and angelology. En C. Roth (ed.), *Encyclopaedia Judaica*, Vol. 2, Keter: Jerusalén, cols. 956-977.  
([http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/judaica/ejud\\_0002\\_0002\\_0\\_01096.html](http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/judaica/ejud_0002_0002_0_01096.html))
- ESPINOSA, M. (1992). *La fea burguesía*, Madrid: Alfaguara.
- FERREIRA, M. (2007). *La vida antes del laboratorio*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- GARFINKEL, H. (2006). *Estudios en etnometodología* [1968], Barcelona: Anthropos.
- GARFINKEL, H. (2002). *Ethnomethodology's Program*, Lanham: Rowmand and Littlefield.
- GARFINKEL, H. (1985). La contribution de l'ethnométhodologie à la recherche sociologique, *Sociétés*, 1(5): 35-39.
- GEERTZ, C. (1989). *El antropólogo como autor*, Barcelona: Paidós.
- GIRONELLA, J. (1989). *Yo, Mahoma*, Barcelona: Planeta.
- GOFFMAN, E. (2006). *Frame analysis* [1975], Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- GOODY, J. (1990). *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid: Alianza.
- GOODY, J. (1985). *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid: Akal.
- GOODWIN, M. (2006). *The Hidden Life of Girls*, Oxford: Blackwell.
- HAMER, D. (2006). *El gen de Dios*, Madrid: La Esfera de los Libros.
- HAVELOCK, E. (1996). *La musa aprende a escribir*, Barcelona: Paidós.
- HAVELOCK, E. (1994). *Prefacio a Platón*, Madrid: Visor.
- HARRIS, M. (1980). El 'cargó' fantasma. En Harris, *Vacas, cerdos, guerras y brujas* [1974], Madrid: Alianza, 121-122.
- IBÁÑEZ, J. (1990). Serres: un Sísifo feliz, *Alcores*, 2: 31-32.
- IBÁÑEZ, J. (1985). Análisis sociológico de textos y discursos, *Revista Internacional de Sociología*, 43 (1): 119-159.
- IBÁÑEZ, J. (1979). *Más allá de la sociología*, Madrid, Siglo XXI.
- IZQUIERDO, J. (2003). Reírse del árbitro, documento de trabajo inédito.
- IZQUIERDO, J (2005). On Transcribing Voice Impersonations and Reading Transcripts Aloud, ponencia presentada en la VII Conferencia Europea de Sociología, Torun.

- IZQUIERDO, J. (2009). El principio del fin: bromas telefónicas a punto de acabar, trabajo presentada en el seminario IESA-CSIC, Córdoba.
- JEFFERSON, G. (1985). An Exercise in the Transcription and Analysis of Laughter. En T. van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse Analysis. Vol 3*, Nueva York: Academic Press, 25-34.
- KAFKA, F. (2004). Investigaciones de un perro [1922]. En Kafka, *Cuentos completos*, Madrid, Valdemar, 346-376.
- LAWRENCE, P. (1971), *Road Belong Cargo*, Manchester, Manchester Univ. Press.
- LIEBOWITZ, S. y MARGOLIS, S. (1990). The Fable of the Keys, *Journal of Law and Economics*, abril: 1-26.
- LINDSTROM, L. (2004). Cargo Cult at the Third Millennium, en H. Jebens, *Cargo, Cult and Culture Critique*, Honolulu: University of Hawaii Press, 15-35.
- LÓPEZ GUIX, J. (1999). Nota del traductor. En T. Wolfe, *Todo un hombre*, Barcelona: Ediciones B, 7-9.
- LUKES, S. (1984). *Émile Durkheim* [1973], Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LYNCH, M. (1993). *Scientific Knowledge and Ordinary Action*, Nueva York: Cambridge University Press.
- MAIMÓNIDES (2001). *Guía de perplejos [circa 1190]*, Madrid: Trotta.
- MAYNARD, D. (2003). *Bad News, Good News*, Chicago: University of Chicago Press.
- MAYNARD, D. et. al. (eds.) (2002). *Standardization and Tacit Knowledge*, Nueva York: Wiley.
- MONOD, J. (1993). *El azar y la necesidad* [1970], Barcelona: Tusquets.
- MORRISON, K. (2003). Some Researchable Recurrences in Disciplinary-Specific Inquiry. En M. Lynch y W. Sharrock (eds.), *Harold Garfinkel, Vol. IV*, Londres: Sage, 3-19.
- MOYA, C. (2008). *Mahoma, Dar-El Islam, Maimónides*, Madrid: Huerga y Fierro.
- NOBLE, D. (1999). *La religión de la tecnología*, Barcelona: Paidós.
- ONG, W. (1987). *Oralidad y escritura*, México DF: Fondo de Cultura Económica.
- ORTÍ, A. (1986). La apertura y el enfoque cualitativo o estructural. En Alvira, García Ferrando e Ibáñez (eds.), *El análisis de la realidad social*, Madrid, Alianza: 171 - 203.
- OSTLING, R. y OSTLING, J. (1999). *Mormon America*, Nueva York: HarperCollins.
- PALMER, S. (2004). *Aliens Adored*, New Brunswick, Rutgers University Press.
- PACK, C. (1986). Features of signs encountered in designing a notational system for

- transcribing lectures. En H. Garfinkel, *Ethnomethodological Studies of Work*, Londres: Routledge & Keegan Paul, 92-121.
- SACKS, H. (2003). Sociological Description [1963]. En M. Lynch y W Sharrock (eds.), *Harold Garfinkel. Vol. II*, Londres, Sage: 203-216.
- SACKS, H. (1972). An Initial Investigation on the Usability of Conversational Data for Doing Sociology [1964]. En D. Sudnow (ed.), *Studies in Social Interaction*, Nueva York: The Free Press, 31-74.
- SACKS, H. (1999). Max Weber's *Ancient Judaism, Theory, Culture & Society*, 16(1): 31-39.
- SCHEGLOFF, E. (2007). *Sequence Organization in Interaction*, Nueva York: Cambridge University Press.
- SACKS, H. (2002). Beginnings in the Telephone. En Katz y Aakhus (eds.), *Mobile Communication, Private Talk, Public Performance*, Cambridge: Cambridge University Press, 284-300.
- SERRES, M. (1999). *La légende des anges*, París: Flammarion.
- SMITH, S. (2003). Opening A Channel to the Stars. En Partridge (ed.), *UFO Religions*, Londres: Routledge, 84-102.
- SPINOZA, B. (2002). *Tratado teológico-político* [1670], Barcelona: Folio.
- STEINER, G. (1995). *Después de Babel* [1975], Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- STENT, G. (1989). Biología molecular y metafísica [1973]. En Stent, *Las paradojas del progreso*, Barcelona: Salvat, 109-123.
- TREBOLLE, J. (1998). *La Biblia Judía y la Biblia Cristiana*, Madrid: Trotta.
- TROMPF, G. (1990). The Cargo and the Millenium on both sides of the Pacific. En Trompf (ed.), *Cargo Cults and Millenarian Movements*, Nueva York: De Gruyter, 35-94.
- TURING, A. (1984). Maquinaria computadora e inteligencia [1950]. En Anderson (ed.), *Controversias sobre mentes y máquinas*, Barcelona, Tusquets: 11-50.
- WATSON, J. (2003). *ADN*, Madrid: Taurus.
- WILSON, E. (2006). *Creación*, Buenos Aires: Katz.
- WILSON, E. (1980a). *Sociobiología*, Barcelona: Omega.
- WILSON, E. (1980b). *Sobre la naturaleza humana*, México DF: Fondo de Cultura Económica.
- WOOLGAR, S. (1991). *Ciencia: abriendo la caja negra*, Barcelona: Anthropos.
- WORSLEY, P. (1980). *Al son de la trompeta final* [1957], Madrid: Siglo XXI.

## Nota sobre el autor:

**A. Javier Izquierdo** es profesor del Departamento de Sociología I de la UNED en Madrid. Ha publicado artículos académicos sobre temas y problemas especiales en ciencias sociales: las paradojas pragmáticas del cálculo estadístico de riesgos financieros, los protocolos de medición social *in vivo* de los árbitros de fútbol, el análisis de redes sociales como fenómeno sociológico y tecnoeconómico, la controversia médico-legal del STOS (*Spanish Toxic Oil Syndrome*), los modos del despertar tal como aparecen en las secuencias de revelación de las bromas de cámara oculta... Esas cosas. También es autor de un estudio inédito sobre innovación financiera y ambivalencia social (*Delitos, faltas y Premios Nóbel*, 2001), de una relectura original del cuadro más famoso de Velázquez (*Las Meninas en el objetivo*, 2006) y de una ontología turístico-publicitaria de la producción audiovisual (*Marcianos, melanesios, millonarios, mormones y murcianos*, 2009).

Correo electrónico: [jizquier@poli.uned.es](mailto:jizquier@poli.uned.es)